

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Dr. Miguel León-Portilla

Sillón: 17

9 de junio de 1970

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Dr. Ignacio Bernal

Discurso de Ingreso Pronunciado por el Sr. Dr. Don Miguel León-Portilla.

SIGNIFICACION DE MESOAMERICA EN LA HISTORIA UNIVERSAL

Corporación ilustre, con más de medio siglo de existencia, es esta Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid, a la que he sido llamado por generosa decisión de sus miembros. A todos ellos expreso aquí hondo reconocimiento por el honor que me han conferido. Y de modo muy especial me refiero a los académicos que, como lo dispone el propio Estatuto, tuvieron a bien presentar mí candidatura. Son ellos mis respetados colegas y amigos, los doctores Edmundo O'Gorman, José Joaquín Izquierdo y Jorge Gurría Lacroix.

La distinción que recibo se ennoblece aún más por el privilegio de suceder en la Academia a uno de sus más antiguos y recordados miembros, don Atanasio G. Saravia. Hace cincuenta años, justamente en el mes de junio de 1920, mi predecesor dio lectura a su discurso de recepción. Muy joven era entonces, apenas había cumplido treinta años, el que así llegaba para unirse al grupo de los primeros académicos de número, entre los que había investigadores tan preclaros como don Francisco Sosa, don Luis González Obregón, don Francisco Plancarte y Navarrete, don Manuel Romero de Terreros, don Luis García Pimentel y, para no alargar más la lista, don Juan B. Iguíniz, nuestro actual director y decano.

Buenas razones tuvieron los mencionados académicos para traer a su corporación a Atanasio G. Saravia. El joven duranguense había dado muestras de un serio interés por la historia, en particular la referente a nuestras provincias norteñas durante el periodo virreinal. Aunque no tuvo oportunidad de realizar estudios profesionales sobre estas materias, recibió de su padre la primera iniciación en ellas. En la antigua hacienda de La Punta, situada en las riberas del río del mismo nombre que cruza el valle de Guadiana, en el Estado de Durango, había dedicado muchas horas a hurgar en la documentación encontrada y transcrita en archivos de su misma provincia y de la capital del país.

Cuando, hace cincuenta años, seguramente con emocionada satisfacción, presentó don Atanasio su discurso en la Academia, pudieron percibirse ya el método y los criterios que había hecho suyos. Fundamentalmente le interesaba, y cito aquí sus palabras, "disponer de un acopio de datos suficientes" y verse "libre de toda traba y toda preocupación para que, razonando con apoyo de la lógica, no caiga en los errores a que lleva todo sentimiento pasional cualquiera".¹

Y también entonces dio a conocer la temática a la cual pensaba consagrar su esfuerzo. A su juicio era necesario intentar una revaloración crítica de lo que habían significado, como etapa formativa, los tres siglos virreinales. Reflexionando sobre el largo periodo de la dominación española, encontraba razonable que, durante los años que siguieron a la independencia, se hubiera mantenido en México una profunda actitud antihispana. Pero, "la formación de la historia de un país —añade luego-- es mi trabajo nunca interrumpido, pues que el ensanche diario de los conocimientos adquiridos va descubriendo siempre nuevos puntos de vista. Cada generación aporta algo a esa obra constante. . ." ²

A su parecer había llegado el momento en que, superadas las antiguas fobias, al igual que se emprendían serias investigaciones sobre el pasado indígena, se atendiera también al otro antecedente de nuestro ser histórico: la implantación y asimilación en México de la cultura hispana. Y dentro del campo de la historia de la Nueva España había un capítulo relativamente poco conocido y que de sobremanera le atraía. Este era el de la extraordinaria epopeya que fue la penetración y colonización de las provincias norteañas.

Mucho es lo que alcanzó a realizar dentro del programa que, como historiador, se fijó a sí mismo. Para ello encontró tiempo no obstante las múltiples responsabilidades, de índole muy distinta, que tuvo a lo largo de su vida. Sabido es, pero debo recordarlo puesto que estoy aludiendo a su biografía, que, también por propios merecimientos, llegó a desempeñar elevados cargos en el Banco Nacional de México. Cumpliendo cabalmente con lo que allí se le había confiado, no se dejaba embargar, mas allá de lo justo, por los problemas financieros. Como más de una vez llegó a expresarlo, en el estudio del pasado encontraba una de las mayores satisfacciones de su existencia. Por el testimonio de sus familiares

¹ ATANASIO G. SARA VIA, "La dominación", Discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Historia, leído en la sesión del 28 de junio de 1920, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, Tomo 1, No. 3, México, Enero-Marzo de 1942, p. 225.

² SARA VIA, *Op. cit.*, p. 227.

sabemos que cotidianamente, de regreso ya en su casa, tras haber pasado él día entero en la oficina, dedicaba varias horas de la noche a sus trabajos históricos.

Numerosos fueron los artículos que escribió para diversas revistas especializadas y de divulgación. Podrían igualmente mencionarse las disertaciones que, a lo largo de casi cincuenta años, pronunció ante sus colegas. Asimismo varios de ellos, al ingresar en la Academia habían solicitado de él que respondieran a sus discursos de recepción. Don Atnasio dio la bienvenida y contestó, entre otros, a don José López Portillo y Weber, a don Alberto María Carreño, a don Vito Alessio Robles, a don Silvio Zavala y a don Joaquín Meade.

Pero la producción más importante de Saravia quedó en sus libros. En el mismo año de 1920, o sea al tiempo de su entrada en la Academia, había publicado en la ciudad de Durango una monografía sobre *Los misioneros muertos en el norte de la Nueva España*.³ Era éste un trabajo de síntesis en el cual, tras de destacar la importancia de la institución misionera en las regiones septentrionales de México, incluyó estudios biográficos de los principales varones que, en medio de las tareas de la evangelización, allí habían perdido la vida.

La buena acogida que tuvo su primer libro, reforzó su interés por la investigación, dispuesto como estaba a preparar una obra de más amplios alcances. Iba a referirse ésta específicamente a la historia de su patria chica, en este caso muy grande, si se piensa en la extensión de la Nueva Vizcaya. Durante varios años prosiguió en la búsqueda y estudio de la documentación conservada en distintos archivos. Analizó y valoró también las crónicas de conquistadores y misioneros del norte. Asimismo tomó en cuenta lo que autores más recientes, a partir de Bancroft y de Bolton, habían publicado sobre la colonización de esas regiones y muy particularmente acerca de Durango. Resultado de su dedicación fue la obra que, con modestia, tituló *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*. Aparecida en tres volúmenes, el primero, que tuvo por tema la conquista de la ulterior expansión, fue publicado antes de 1940, sin indicación de fecha, por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. En 1941, y con igual pie de imprenta, salió el segundo tomo que vino a ser la más completa monografía acerca de la ciudad de Durango, desde su fundación, en 1563,

³ ATANSIO G. SARAVIA, *Los misioneros muertos en el norte de la Nueva España*. Durango, Talleres tipográficos de Silvestre Dorador, 1920.

De este libro existe una segunda edición, corregida y aumentada, publicada por Ediciones Botas, México, 1943.

hasta 1821: Finalmente quince años más tarde, en 1956, su obra se vio enriquecida con una tercera parte sobre las sublevaciones indígenas en el ámbito de la Nueva Vizcaya durante la época colonial.⁴

Los que don Atanasio llamó *Apuntes* son en realidad aportación de imprescindible lectura y consulta para cuantos se interesan por la historia, tan llena de sorpresas, de la colonización novohispana en los territorios norteños. Prueba del interés que despertó esta obra la tenemos en las múltiples citas que de ella aparecen en trabajos de investigadores mexicanos y extranjeros. La historia de la Nueva Vizcaya comenzaba a ocupar el lugar que le correspondía como capítulo sin el cual no era posible estudiar los procesos de expansión por la Sierra Madre y hacia las costas del Pacífico y también, tierra adentro, en Nuevo México y por el rumbo de Coahuila y Texas.

Entre cuanto llegó a publicar don Atanasio, fue éste probablemente su mejor trabajo, que por sí solo bastaría a consagrar su memoria. Por desgracia la limitación de tiempo me impide hacer un análisis de él o de algún otro de los libros que publicó, como la monografía acerca de su recordada hacienda de La Punta. Pienso que, con creces, merece nuestro historiador un detenido estudio biobibliográfico, tema atrayente para una disertación doctoral, deseablemente de algún joven investigador norteño.

Tan sólo quiero mencionar, al concluir esta recordación de mi ilustre predecesor, algo de lo mucho que hizo por la Academia. Como director de ella actuó desde el 30 de septiembre de 1941 hasta algunos años antes de su muerte, cuando la enfermedad lo obligó a retirarse, aunque conservando el mismo título *ad honorem* y con carácter vitalicio. A él debemos que, desde 1942, comenzaran a publicarse las *Memorias* como órgano de esta Academia, y en las que, en forma no interrumpida, durante casi ya treinta años, han colaborado sus miembros y otros investigadores distinguidos. Gestión de suma importancia fue asimismo la que realizó al obtener, en 1952, que se dotara a la Academia con un local propio en que pudiera

⁴ ATANASIO G. SARAVIA, *Apuntes Para la historia de la Nueva Vizcaya, I, La conquista*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Imprenta Riveles, s. f.

Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya, II, La ciudad de Durango, 1563-1521. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1941.

Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya, III, Las sublevaciones. México, Librería de Manuel Porrúa, S. A., 1956.

desarrollar adecuadamente sus funciones. La casa donde nos encontramos, con su hermosa fachada de cantería colonial, paso un año después a formar parte del patrimonio de esta corporación. Don Juan B. Iguíniz, en el discurso que pronunció con motivo del cincuentenario de la Academia, hizo la historia de los trámites que con tan buen éxito realizó don Atanasio, dejando también constancia acerca de las instituciones públicas y privadas, así como de las personas que generosamente aportaron lo necesario para dar digna sede a la Academia, y para su instalación, mobiliario y mantenimiento. ⁵En todo ello, vale la pena insistir, que el benemérito historiador duranguense demostró ser hombre práctico que, así, como conocía el mundo de las finanzas, sabía cuáles eran los requerimientos de una asociación de historiadores. Al tener hoy el privilegio de sucederle, reitero el testimonio de admiración por su obra como investigador y como director de la Academia, y también de reconocimiento ante su vida en la cual, una vez más, se hicieron verdad la nobleza y honradez tradicionales de nuestra gente nortea.

En don Atanasio y en otros de sus miembros de número ha tenido esta Academia investigadores acuciosos del pasado colonial. Paralelamente ha habido maestros distinguidos que, hurgando también en los antecedentes del ser histórico de México, se han dedicado a estudiar la trayectoria cultural indígena. Unos y otros, los historiadores de los periodos prehispánico y colonial, aquí en feliz armonía, aportan sus conocimientos sobre las realidades de ésta doble raíz de la moderna nación mestiza. Y así los intereses, en apariencia distintos, dinámicamente convergen y se acercan a los de otros colegas que estudian el mismo ser histórico que, con esa herencia, continúa integrándose, desde la Independencia hasta los más cercanos tiempos de la Revolución mexicana.

Por demás está que reitero cuál es mi inclinación personal. El tema que hoy quiero presentar a ustedes confirma un hondo interés por los antecedentes indígenas con su rica carga de creaciones valiosas por sí mismas. Pero en esta ocasión no voy a fijarme en un punto o institución determinada dentro de la secuencia cultural prehispánica. Pretendo ensanchar por un momento el campo de atención para buscar, sobre la base de lo ya conocido, algo de lo que pueden significar nuestras antiguas culturas en el más amplio contexto de la historia universal.

⁵ JUAN B. IGUÍNIZ, "La Academia Mexicana de la Historia, Correspondiente de la Real de Madrid, en su Cincuentenario", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, Tomo XXVIII, núm.. 4. México, 1969, pp. 337-345.

Entraré en materia haciendo breve alusión a un personaje que, con algunas extravagancias y muchos infortunios, tiene un mérito nada común. Me refiero a Lorenzo Boturini Benaduci que, en el siglo de las luces, intentó situar a nuestro mundo prehispánico dentro de un sistema de filosofía de la historia universal. Llegado a México, sin autorización alguna, hacia 1736, muy poco después aparece dedicado a promover la coronación de la Virgen de Guadalupe y a reunir cuantos códices y documentos indígenas pudo encontrar. Por estos hechos, como es sabido, Boturini quedó en prisión, fue desposeído de los papeles que integraban su "Museo histórico indiano" y a fin de cuentas hubo de partir consignado a España donde debía seguirse su proceso. Ya en Madrid, a principios de 1744, y gracias al valimiento de sus protectores, recuperó por lo pronto su libertad. Su causa quedó circunscrita al destino que debía darse al "Museo histórico indiano" y a determinar si convenía se autorizara su vuelta a México.

En tanto que se tomaba una resolución, el inquieto milanés afanosamente se dedicó a escribir una obra sobre las culturas prehispánicas. Con ellas pretendía mostrar al Real Consejo de Indias y a cuantos pudieran interesarse por asuntos históricos, cuáles eran realmente sus propósitos de investigador. Su trabajo, deficiente desde el punto de vista de la información, introducía en cambio una muy grande novedad. Boturini que conocía el sistema que, para elucidar la evolución cultural de las naciones había estructurado el napolitano Gianbattista Vico, realizó con parecido método un intento de comprensión de la historia antigua de México. La *Scienza. Nova* de Vico, considerada hoy cómo punto de partida de la moderna filosofía de la historia universal, fue así esquema abierto para la elaboración de lo que Boturini llamó su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*.

La aparición de esta obra en 1746 provocó naturalmente opiniones en contra de su autor. Sin embargo, en modo alguno fue condenado el libro. De hecho los protectores con que contaba Boturini aprovecharon la ocasión y lograron que algunos miembros del Consejo de Indias presentaran al rey Felipe V un proyecto de resolución que a muchos debió dejar estupefactos. Se recomendaba que Boturini fuera restituido "en su honor y buena opinión". También se daban razones para que se creara en su favor un cargo, no visto hasta entonces, y que era el de historiador enviado al Nuevo Mundo con el título de "Cronista en Indias". Para ese cargo se proponía un sueldo anual de mil pesos. Finalmente, y esto especialmente a los académicos debe interesar, se aconsejaba establecer en la capital de la Nueva España una "Academia de Historia de México". A tal institución había de confiarse el archivo de Boturini y en ella debían ingresar, como primeros miembros, el mismo don Lorenzo y el intérprete don Patricio López que

había preparado, con motivo del proceso, uno de los índices del "Museo histórico indiano". El objeto principal de la Academia debía ser el esclarecimiento del pasado prehispánico.⁶

La propuesta del Consejo de Indias fue insólita apertura de criterio. Se tenía al fin como posible encontrar nuevas formas de significación en aquello que tradicionalmente se había tenido como conjunto de creaciones primitivas y aberrantes, propias de idólatras dominados por el demonio. Consecuencia de lo que proponía el Real Consejo fue que Boturini recibiera el nombramiento de "Cronista en Indias". Pero de hecho no pudo regresar a México ni recobró sus documentos ni tampoco alcanzó a cobrar honorario alguno.

En lo que toca a la idea de crear una Academia de Historia en México, el proyecto no obtuvo el real beneplácito. Tal vez se entrevieron los peligros que traería fomentar en América estudios de eventual cariz nacionalista. De cualquier modo, si recordamos que la Real Academia de la Historia inició sus trabajos en 1737, es interesante ver que, en 1746, nada menos que el Consejo de Indias hubiera hecho la propuesta de organizar una corporación parecida en Nueva España. Más de un siglo y medio hubo de transcurrir, desde que se formuló ese proyecto, hasta la organización en 1919 de esta "Correspondiente Mexicana de la Real Academia de Madrid". Adecuado parece conservar el recuerdo de este antecedente con la expresa constancia de que, cuando se pensó en 1746 en la posible Academia de México, ocurrió ello en función del deseo de que se investigaran las fuentes documentales y probablemente también los vestigios arqueológicos de las culturas indígenas, en términos de una búsqueda de su significación a la luz de una historia abierta y universal.

Hasta entonces, y a partir del siglo XVI, aunque varios cronistas e historiadores, principalmente frailes misioneros, habían investigado la realidad cultural indígena, lo habían hecho, inevitablemente, con un enfoque teológico de rasgos en esencia medievales. Cuestión fundamental había sido para ellos responder a problemas como el del origen de los indios o el que planteaban sus formas de vida y organización sobre todo en materia de creencias y prácticas religiosas. Conocidas son en este contexto las ideas de algunos de los franciscanos como Motolinía, Mendieta

⁶ Véanse los testimonios que acerca de esto exhibe José Torre Revello en "Documentos relativos a don Lorenzo Boturini. Benaduci", *Ibletín del. Archivo General de la Nación*, Tomo VII, núm. 1. México, Enero-Marzo, .1936, pp. 16-19.

y Torquemada. No pocas veces manifestaron éstos su admiración ante determinadas instituciones indígenas, pero igualmente creyeron percibir en el mundo nativo una influencia demoniaca que lo había llevado a ritos como los sacrificios humanos y a supersticiones que, en el mejor de los casos, sólo eran torpe remedo de la verdad revelada por Dios. El mismo Fray Bartolomé de las Casas hubo de atender a cuestiones parecidas aunque con un enfoque muy distinto. Particularmente en su *Apologética historia sumaria* —como lo ha subrayado Edmundo O'Gorman—, describió las creaciones más sobresalientes de estas culturas para compararlas luego con las que parecían ser sus equivalentes en el caso de las civilizaciones del Viejo Mundo.⁷ Afirmando que los indios habían alcanzado lo mismo o más que otros pueblos tenidos como clásicos, daba apoyo a su tesis de la plenitud y excelencia de facultades del hombre de estas tierras. Las obras de fray Bartolomé y, desde otro punto de vista, los trabajos de investigación directa y de rescate cultural, emprendidos por fray Bernardino de Sahagún, abrieron a no dudarlo grandes posibilidades de comprensión dentro de un medio en el que inevitablemente se seguía pensando con categorías teológicas de raíz medieval.

La novedad de Boturini, a la que aquí brevemente he aludido, está en haber replanteado algunas de las antiguas cuestiones en función de un esquema filosófico como el de Vico, iniciador de la filosofía de la historia en los tiempos modernos. Su ensayo fue atisbo que por muchos años nadie volvió a intentar.

De hecho, en las grandes obras de conjunto que, desde fines del siglo XVIII, se escriben en Europa sobre la historia universal, las culturas del Nuevo Mundo o absolutamente no son tomadas en cuenta o sólo merecen fugaz consideración dentro de los capítulos dedicados a los viajes y descubrimientos de fines del siglo XV y de principios del XVI. Tal parecía, según esto, que su única posible significación se derivaba del hecho de que los europeos las habían descubierto y en diversos grados destruido. Y ni siquiera trabajos como la *Historia antigua de México* de Clavijero, que por esos años se atrajo considerable atención, al ser traducida del italiano a otras lenguas, ni luego la copiosa información, difundida en algunas de las obras de Humboldt, lograron alterar la actitud prevalente.

Tal desdén, contemplado hoy con la perspectiva que da el tiempo, habrá de parecernos muy poco razonable. Hoy han alcanzado considerable difusión los hallazgos de la arqueología y los estudios sobre las fuentes

⁷ Véase el estudio preliminar de Edmundo O'Gorman a su edición de la *Apologética historia- sumaria*, 2 vols., Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1967.

documentales acerca de las antiguas culturas americanas. Cualquiera que haya visitado algunas de las ciudades y centros prehispánicos o que haya contemplado en los museos ejemplos de su arte, esculturas, pinturas, trabajos en metales preciosos o en simple barro, o que, al menos por los libros, tenga cierta noticia de las inscripciones, los códices y textos históricos y literarios conservados en varios idiomas indígenas, necesariamente pensará que ese gran conjunto de creaciones puede tener una significación a la luz de la historia universal.

En el caso de Mesoamérica, es decir, en el área de civilización que, al tiempo de la conquista, se extendía por toda la región central y meridional de México y por buena parte de las actuales repúblicas centroamericanas, las investigaciones, realizadas desde hace ya varias décadas con adecuado método, han permitido además establecer una secuencia que abarca varios milenios de cultura. Otro tanto puede decirse de los estudios que comienzan a revelar lo más sobresaliente del legado espiritual de estos pueblos, manifiesto en su arte, simbología, visión del mundo y literatura. Y debe notarse que los conocimientos alcanzados han llevado a su vez a descubrir nuevos problemas antes ni siquiera sospechados.

De continuo se abren así otros caminos a la investigación, lo cual implícitamente confirma la riqueza de un mundo de cultura que sólo ha principiado a elucidarse.

Por otra parte, desde mucho antes de que se iniciaran las más recientes investigaciones antropológicas e históricas, ha sido peligro casi constante pretender valorar las creaciones de estas culturas buscando posibles semejanzas con lo que se conoce de las civilizaciones clásicas del Viejo Mundo. Y no me refiero precisamente a la proliferación de hipótesis y teorías fantásticas. Pienso en trabajos, muchas veces valiosos desde otros puntos de vista, en los que, al estudiar la secuencia cultural mesoamericana o alguna de sus etapas o instituciones, se adopta un marco de referencia casi idéntico al empleado en otros tiempos y latitudes para analizar realidades culturales muy distintas. Y otro tanto podría decirse los intentos de explicar procesos o situaciones específicamente mesoamericanas, con base en modernos sistemas de filosofía de la historia. Se han aplicado así los esquemas del método de la producción asiática y otras categorías de la dialéctica materialista de la historia. También se ha analizado el devenir cultural prehispánico, como en el caso de la obra de Arnoid J. Toynbee, en paralelismo con la génesis, el desarrollo, las crisis y la desaparición de otras civilizaciones que han prosperado, en el mundo.

La búsqueda de una posible significación de lo mesoamericano en función de la historia universal una y otra vez ha corrido peligro de convertirse en problema que, aunque puede y debe plantearse, difícilmente encontrará una respuesta más allá de especulaciones e hipótesis. Tal parece que fueran obstáculos no superables el afán de descubrir y enumerar semejanzas con otras culturas y el aplicar esquemas y categorías que han sido válidas en situaciones diferentes. Una pregunta parece necesario formular ante esta situación: no es posible encaminar la búsqueda de significación, tratando de discernir lo que parece ser característico en los procesos y creaciones prehispánicas, o sea aquello que, de un modo o de otro, ha individualizado su propia realidad cultural? Sin abstenernos de hacer las comparaciones que se estimen oportunas, veamos a dónde puede llevar un intento de analizar algunos hechos relativamente bien conocidos del pasado indígena de México.

Comencemos por recordar algo de lo que se ha llamado su prehistoria. Un elemental acercamiento deja ver ya que este concepto básico adquiere aquí una connotación muy peculiar. En América, donde la presencia del hombre tiene probablemente una antigüedad de 30 ó 35 mil años, no es posible hablar en términos del larguísimo paleolítico de cientos de milenios, periodo durante el cual, en el Viejo Mundo, culminó la evolución de la especie humana. Los prehistoriadores hasta hoy sólo han encontrado en el continente americano vestigios y fósiles de individuos que tuvieron plenamente los atributos del *homo sapiens*. Cuantos hallazgos se han hecho dan testimonio acerca de los primeros grupos de cazadores y recolectores nómadas que, con escaso desarrollo cultural, habían penetrado por el estrecho de Behring y quizá asimismo provenientes de las islas meridionales del Pacífico. Específicamente, en el área de Mesoamérica, el instrumental lítico u óseo y los restos humanos de mayor antigüedad que se han descubierto, limitan aún más el ámbito temporal de lo prehistórico. El célebre "hombre o mujer de Tepexpan" vivió al parecer hacia los ocho mil años antes de Cristo.

Gracias a investigaciones efectuadas durante las últimas décadas, sabemos hoy algo más sobre la evolución cultural de estos primeros pobladores. Puede afirmarse que, por lo menos desde mediados del sexto milenio antes de Cristo, apareció en Mesoamérica una incipiente forma de domesticación de plantas: el maíz, la calabaza, el frijol y el chile. Con base en el método del carbono 14, pudo asignar tal antigüedad Richard S.

MacNeish a los hallazgos que hizo en el suroeste de Tamaulipas y después en la cueva de Coxcatlán, municipio de Tehuacán, en Puebla.⁸

Querer aplicar en este punto los conceptos propios de la prehistoria, concebida al modo clásico, daría lugar a una serie de paradojas. Comparando el proceso que entonces se inició en Mesoamérica con lo que, a partir igualmente de las primeras formas de cultivo, ocurrió en el Viejo Mundo, lleva a percibir, en vez de semejanzas, grandes diferencias. Es cierto que, cuando en algunas comunidades del México precolombino, aparecen las actividades agrícolas, paulatinamente se va enriqueciendo su cultura y se desarrollan técnicas como la cestería, la cerámica y los tejidos. Pero, en cambio, hay aquí total ausencia de muchos de los descubrimientos que se generalizaron entre los primeros pueblos agrícolas del Viejo Mundo. En Mesoamérica nunca se empleó utilitariamente la rueda. La alfarería por consiguiente se produjo siempre por obra de las solas manos. Tampoco hubo molinos de especie alguna y en su lugar se tuvo, como utensilio doméstico que hasta hoy perdura, el tradicionalmente. No se conocieron otros telares que los que fijaban a su cintura los tejedores. Por lo que a la misma agricultura se refiere, el hombre prehispánico jamás llegó a emplear otro instrumento que la "coa", el largo trozo de madera aguzado y endurecido al fuego. Y completando el elenco de las diferencias que, en este caso son limitaciones, en el México antiguo la domesticación de animales fue prácticamente nula. La razón es obvia, ya que no había equinos, ni bovinos, ni lanares. Sólo los perrillos, como acompañantes en la vida y más allá de la muerte, fueron excepción. La única fuerza de trabajo hubo de ser necesariamente la de los propios seres humanos. Y en la explotación de otros recursos, particularmente los metales, tampoco se llegó muy lejos. De hecho, jamás se trabajaron en Mesoamérica el bronce y el hierro. La conclusión que de todo esto podía sacar el prehistoriador, habituado a pensar en función de los esquemas clásicos del Viejo Mundo, era que estos pueblos, que nunca llegaron a disponer de un más elaborado instrumental ni desarrollaron técnicas esencialmente superiores, permanecieron estancados en una muy incipiente forma de desarrollo cultural.

Pero las investigaciones arqueológicas sobre la ulterior secuencia cultural de Mesoamérica, contrariando la aplicación de los esquemas, obligan a plantear nuevas cuestiones. Los mesoamericanos, tan menesterosos desde el

⁸ Véase : Richard S. MacNeish, "The food gathering and incipient agriculture stage in prehistoria Middle America", *Handbook of Middle American Indian*3 Vol. I, Austin, University of Texas, Press, 1964, pp. 413-426.

punto de vista de su instrumental técnico, dieron principio, hacia, fines del segundo milenio antes de Cristo, a lo que llegaría a ser, rigurosamente hablando, una civilización. Ignacio Bernal, en su libro sobre los olmecas, ha hecho un análisis de las transformaciones que entonces comenzaron a ocurrir.⁹(9) A lo largo de las costas del Golfo de México, en los límites de los actuales estados de Veracruz y Tabasco, aparecen los primeros centros ceremoniales y con ellos las más antiguas formas de un arte que nadie puede llamar primitivo. Las grandes esculturas en basalto, los refinados trabajos en jade y el preciosismo en la cerámica de los olmecas, juntamente con los recintos ceremoniales, dan testimonio de cambios radicales. Asimismo surgen nuevas formas de organización social, religiosa, política y económica. En lugares como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes y otros más en esta área, existen ya diversas formas de especialización en el trabajo y en otra suerte de actividades. Hay sacerdotes y sabios, guerreros, agricultores, artesanos y artistas. También allí tiene lugar un descubrimiento que habrá de ser esencial en la ulterior trayectoria de Mesoamérica. En el mundo Olmeca, y verosímilmente en el primer milenio antes de Cristo, nace el calendario y con él los primeros vestigios de escritura.

Los núcleos originales de esta cultura, quizá a través del comercio, de conquistas o de otra clase de contactos, difundieron sus creaciones por muchos lugares del México antiguo. Hoy sabemos que su influencia se dejó sentir en la región del altiplano, en el área del Pacífico y también en Oaxaca e igualmente en lo que llegaría a ser el mundo maya y todavía más lejos. La presencia de los olmecas, que coexistieron en el tiempo con otros grupos mesoamericanos con mucho más precario desenvolvimiento, confiere nuevo sentido al que los arqueólogos designan como periodo preclásico, ya que es entonces cuando en esta parte del continente se inició definitivamente el proceso que culminó en una civilización. Así los que, por sus limitaciones técnicas —según los esquemas aplicados en el caso del Nuevo Mundo—, debían ser situados en un incipiente neolítico, aparecen, gracias al análisis de lo que realmente fueron, dentro del plano de una peculiar forma de alta cultura.

Siglos después, desde poco antes de la era cristiana, el surgimiento de Teotihuacán en el altiplano central, el nuevo esplendor de Monte Albán y otros sitios en Oaxaca e igualmente, en el área maya, la proliferación de centros religiosos y urbanos, son precisamente consecuencia de la implantación de una cultura superior. Los teotihuacanos, los zapotecas y los mayas, para sólo mencionar a los grupos más conocidos, fueron

⁹ IGNACIO BERNAL, *El mundo olmeca*. México, Editorial Porrúa, S. A. 1968. Véase especialmente pp. 17-166.

tributarios culturalmente de la herencia olmeca. Sus creaciones revelan la personalidad propia de cada uno, pero a su vez dejan entrever la influencia recibida en común de la que ha sido llamada cultura madre.

Por lo que toca a Teotihuacan, recientes investigaciones muestran que el gran centro ceremonial llegó a convertirse en una enorme metrópoli. Al lado de las pirámides y adoratorios, se edificaron también, siguiendo admirable concepción urbanística, un gran número de palacios y residencias, escuelas para sacerdotes y sabios, almacenes y mercados. La grandiosidad de la traza teotihuacana, con multitud de espacios abiertos, calzadas y plazas, se vuelve hoy patente mirando los planos de Teotihuacan que, gracias a la arqueología, han podido elaborarse. De hecho esa ciudad, donde, según los mitos, había ocurrido la transformación de los dioses, fue paradigma no superado en el que habrían de inspirarse los futuros pobladores de la región del altiplano Y otro tanto podría decirse respecto de su arte: pinturas murales, esculturas, bajorrelieves y cerámica de formas muy distintas pero siempre refinadas. La antigua visión del mundo y las creencias y prácticas religiosas también ejercían influencia en las culturas de otros grupos de la altiplanicie y de fuera de ella.

Algo parecido sucedió en Monte Albán, donde desde tiempos antiguos, se conoció el arte de las inscripciones y de las medidas del tiempo. La secuencia de las culturas de Oaxaca, sobre todo la zapoteca y la mixteca, constituye otra variante en la asimilación de la antigua herencia enriquecida por pueblos que, hasta los días de la conquista, se mantuvieron en el contexto de la alta cultura. Finalmente, los mayas, mejor tal vez que cualquier otro grupo en Mesoamérica, aparecen como testimonio viviente de lo que, estudiado a base de categorías procedentes de afuera, resulta paradójico. Quienes tampoco superaron la mencionada serie de limitaciones técnicas, alcanzaron a producir un arte extraordinario y asimismo sistemas calendáricos de precisión inverosímil. Casi seguramente desde los tiempos olmecas, se asignaba ya un valor a los números en función de su posición. Esto llevó a concebir un concepto y un símbolo de *completamiento* muy semejante a lo que entendemos por cero. Las cuentas de los días, de los años y de otros grandes períodos que, por obra de los sabios mayas, se perfeccionaron cada vez más, dejan ver cómo el cero y el valor de los números por su colocación fueron elementos de constante uso en los cálculos. Los resultados de las observaciones de los astros, las complejas anotaciones calendáricas, y mucho más que no ha podido descifrarse, quedó en las inscripciones, sobre todo en las estelas de piedra. Precisamente la lectura de algunas de éstas ha permitido afirmar que los mayas lograron un acercamiento al año astronómico, superior incluso al que tiene el año gregoriano.

La civilización mesoamericana se expandió durante este periodo llamado clásico, hasta apartadas regiones que sólo habían habitado antes comunidades de incipientes agricultores y alfareros. Un universo de símbolos, en el que quedaron reflejados los mitos y las creencias religiosas, denota profunda afinidad cultural, a pesar de las variantes, dentro de una vasta área.

La decadencia que sobreviene entre los siglos séptimo y noveno, con el abandono de muchos de los centros y ciudades, plantea problemas que tampoco pueden esclarecerse sobre la base de criterios y esquemas tomados de otros contextos culturales. Sabemos al menos que la declinación del antiguo florecimiento no significó la muerte de la civilización en Mesoamérica. El reacomodo de pueblos y la penetración por el norte de tribus con precarias formas de vida, hacen entrever un dinamismo que sólo en parte ha comenzado a valorarse. Lugares como Cholula y Xochicalco y después Tula, la metrópoli de Quetzalcóatl, confirman que sobrevivió mucho del antiguo legado. Y otro tanto puede decirse de lo que ocurrió en sitios como el Tajín o por el rumbo de Oaxaca, sin excluir a Monte Albán, e igualmente en el área maya, donde perduraron centros importantes como los más célebres de Yucatán. En esta época comienzan a trabajarse el oro, la plata y, en reducida escala, el cobre. Estas técnicas se adquieren como resultado de una lenta difusión originada al parecer en el ámbito andino y de las costas de América del Sur.

Mucho más abundantes son ya los testimonios que permiten conocer algo de la historia, la religión y el pensamiento de esta nueva etapa en Mesoamérica. Gracias a los hallazgos arqueológicos y también a los códices y textos en lenguas indígenas de épocas posteriores, pero que hacen referencia a lo que había ocurrido varios siglos antes, es posible hablar de las formas de gobierno y de organización social y religiosa que entonces existieron. Recordemos, por ejemplo, la información que proporcionan crónicas en náhuatl como la *Historia Tolteca-chichimeca* y los *Anales de Cuauhtitlán*. Igualmente pueden citarse los relatos de documentos en varios idiomas de la familia mayense. Y en el caso de los mixtecos de Oaxaca, como lo ha comprobado Alfonso Caso, en su más reciente investigación todavía inédita, a través de los códices es posible conocer las genealogías y biografías de varios cientos de señores, a partir del siglo séptimo de nuestra era.

La ruina de Tula abrió las puertas a un extraordinario proceso, plenamente documentable, de asimilación cultural de otros grupos

procedentes del norte. En el ulterior reajuste, que inevitablemente se produjo, es al fin destino de los aztecas determinar más que nadie la postrer fisonomía que tuvieron la alta cultura y la civilización de Mesoamérica. Los viejos mitos resuenan otra vez, pero expresados en términos de la visión mexica del mundo. Una decidida voluntad de conquista lleva a los aztecas a extender sus dominios por dilatadas regiones desde el Golfo hasta el Pacífico y por las tierras del sur. El idioma náhuatl es entonces la *lingua franca* de Mesoamérica. Herederos de más de dos milenios de creación cultural, su pensamiento y su literatura escapan al olvido y pueden estudiarse en los códices .y en los textos que se conservan en bibliotecas de América y Europa. Entre ellos hay anales históricos, ordenamientos rituales y tradiciones religiosas, pláticas de los ancianos, enseñanzas en los centros de educación y; como la mejor muestra de su refinamiento espiritual, una rica poesía, en la que se hizo presente cuanto puede preocupar al hombre en la tierra. A través de estas fuentes y de los descubrimientos de la arqueología, es posible comprender el sentido que dieron a su vida y aun a prácticas y ritos, como los sacrificios humanos, que nos resultan hoy sombríos y repugnantes. Aquí vuelven a hacerse patentes el dinamismo y las tensiones que caracterizaron a la trayectoria mesoamericana. Por una parte están los *tlamatinime*, los sabios, que cultivaban la poesía y se planteaban problemas sobre la divinidad y el hombre, y por otra los guerreros que, para mantener la vida del sol, hacían conquistas y ofrecían el agua preciosa y el corazón de las víctimas.

Hemos recordado únicamente algunos de los momentos mejor conocidos en la secuencia cultural del México antiguo. En vez de buscar semejanzas con otros contextos de cultura, nos ha interesado señalar circunstancias y rasgos que parecen característicos y propios de la realidad mesoamericana. Con antecedentes prehistóricos relativamente limitados en el caso del Nuevo Mundo, los primeros pobladores desarrollaron aquí, en aislamiento, su propia cultura. Si algún contacto hubo con el exterior debió de haber sido transitorio y accidental, ya que no dejó vestigios que hayan podido comprobarse. Una serie de peculiaridades a veces paradójicas, muestra las radicales diferencias de los procesos que aquí ocurren. Por lo menos desde el primer milenio antes de Cristo, cuando nace entre los olmecas la alta cultura, sus múltiples creaciones en el campo del espíritu se logran sin que desaparezcan las impresionantes limitaciones materiales y técnicas. Repetiremos que nunca se empleó utilitariamente la rueda, ni se pasó a la llamada edad de los metales, ni pudo disponerse de bestias domesticables, ni se llegó a tener mejor instrumental que el hecho de piedra, pedernal y madera. Y sin embargo proliferaron los centros ceremoniales y urbanos. La organización social, política y religiosa se tornó compleja. Lo

que hoy llamamos su arte adquirió grandes proporciones en la arquitectura, en los murales y esculturas, y aun en el barro alcanzó preciosismo. Finalmente se registraron las medidas del tiempo, apareció la escritura en las inscripciones y en los códices y se hizo posible la preservación definitiva del testimonio histórico.

La individualidad esencial de este mundo de cultura parece derivarse así del hecho de que aquí dinámicamente se integraron instituciones y crea-dones, que son atributo de una alta cultura ya urbana, con un instrumental y con recursos técnicos que nunca dejaron de ser. precarios. Y nos parece llegado el momento de hacer comparaciones. Pensemos en aquellos otros contextos donde, de manera autónoma, se había dado antes el paso decisivo de crear una civilización. En Egipto y Mesopotamia, en el Valle de Indus, en las márgenes del Río Amarillo en China, el desarrollo cultural supuso siempre radical transformación en las técnicas, empleo constante de la rueda, elaboración de instrumentos de bronce y de hierro; en una palabra, nuevos medios para aprovechar cada vez mejor las potencialidades naturales.

Parecida comparación puede hacerse con lo que sucedió en otra zona nuclear fuera del Viejo Mundo, donde también floreció una alta cultura: el caso de los pueblos andinos y de la costa en la América del Sur. Su realidad cultural, aunque semejante en muchos aspectos a la de Mesoamérica, alcanzó mayor desarrollo en algunas de sus técnicas, pero en cambio jamás llegó a la invención de la escritura. El solo enunciado de estas comparaciones permite afirmar que la evolución del México antiguo siguió caminos muy diferentes de los que recorrieron en otros tiempos y latitudes los pocos pueblos que autónomamente llegaron a la alta cultura y a la civilización. De hecho, fuera del ámbito del Viejo Mundo, el caso de Mesoamérica se presenta como el del único núcleo que, en su aislamiento de milenios, y también por obra de si mismo, desarrolló una civilización con escritura y con historia.

Sólo liberados del afán de aplicar criterios y esquemas que fueron pertinentes en ámbitos muy distintos, y analizado en cambio la peculiaridad esencial mesoamericana, llegaremos a percibir la significación que puede tener ésta en la historia universal. Aquí se hizo realidad una muy diferente hipótesis: lo que ocurrió a los humanos cuando, en un medio distinto y básicamente aislado, superaron de nuevo el primitivismo y la barbarie. Para el filósofo de la historia, y para cuantos se interesan por conocer la trayectoria del hombre como creador de instituciones y de diversas formas de arte y pensamiento, el pasado precolombino de México surge como experiencia distinta y de atractivo excepcional. Su lugar en la historia

universal no puede ya circunscribirse a una mención en el capítulo sobre los viajes y descubrimientos en el siglo XVI. La civilización mesoamericana, aunque alejada en el tiempo y en el espacio de las altas culturas del Viejo Mundo, se sitúa por propio derecho al lado de ellas como el otro único caso de pueblos que, con múltiples limitaciones técnicas, desarrollaron auténticas formas de vida urbana, tuvieron un arte excepcional y conocieron los medios para preservar, en inscripciones y códices el testimonio de su pasado de milenios.

Lo que he presentado a la consideración de ustedes es sólo señalamiento de un posible camino. La búsqueda de significación de lo que fue Mesoamérica por fortuna se prosigue con investigaciones cada vez más penetrantes. En esta Academia Mexicana de la Historia hay maestros distinguidos que han hecho suyo el estudio de nuestras culturas prehispánicas y que se interesan también por el problema del que me he ocupado. Entre otras cosas, sus trabajos han convertido en realidad lo que mucho antes fue proyecto. Me refiero a la proposición, formulada en el siglo XVIII, de organizar en México una Academia para investigar las antigüedades indígenas. Hubieron de transcurrir muchas cuentas de años para que al fin los modernos institutos y centros de investigación y así mismo esta Academia de la Historia comenzaran a existir. Aquí y ahora prosiguen la búsqueda y el diálogo. Al interés por lo prehispánico se suman los estudios sobre la historia novohispana y la del ser moderno y contemporáneo de la nación mestiza. La realidad histórica de México sólo es comprensible a través de la integración de sus procesos. Al ingresar en la Academia debo decir que tengo por privilegio participar en sus trabajos. Por todo ello, una vez más, reitero mi agradecimiento a los que tan generosamente me han llamado.

Respuesta del Académico Sr. Dr. Don Ignacio Bernal.

Es una banalidad, tal vez hija de la pereza, el decir que un nuevo Académico no necesita presentación. Pero ahora y aquí rodeado como está MIGUEL LEON PORTILLA de colegas, de amigos, (le discípulos, la banalidad se vuelve verdad. Quieto sin embargo expresar cuánto estimo a este hombre aún joven que en pocos años ha logrado hacer tanto. No se ha conformado con aprender y pensar para sí. Ha entregado, en ya numerosos volúmenes traducidos a muchas lenguas, parte de su saber. Pero no un simple

saber erudito —que en algunos se vuelve bizantino— sino un saber dirigido a una causa importante. Ha colaborado como pocos a nuestro conocimiento y sobre todo a nuestra inteligencia de ciertos aspectos de ese mundo indígena que forma la mitad de la herencia mexicana. Mundo tan difícil de aprehender, tan evasivo, del que tantas cosas se han perdido o sobreviven incomprendidas, es en fin, un mundo distinto.

Recojo esta idea de distinto. ¿Distinto a qué ? Para nosotros es obviamente distinto al mundo occidental y aún a sus antecedentes mediterráneos. Es decir que incluso en una palabra tan llana y aparentemente clara, estamos aceptando el etnocentrismo de Occidente. Lo distinto es lo diferente a la tradición europea.

Por esta y muchas otras razones, me parece particularmente interesante el discurso de MIGUEL LEON PORTILLA que acabamos de oír. Incorpora o entiende al antiguo México en el amplio contexto de la historia universal. e: Pero esté contexto no tiene, *a priori*, un tinte occidental?

En su trabajo, MIGUEL LEON PORTILLA, parece establecer, si no he entendido mal, una distinción entre la "Idea" de Boturini y otras obras como *A Study of History*. No me refiero a las infinitas, obvias diferencias entre ambos, sino a que Boturini —dice LEON PORTILLA—mostró la necesidad de buscar las posibles significaciones del mundo indígena en términos de un saber universal" mientras que Toynbee —continúa— "analiza el devenir cultural prehispánico en paralelismo con la génesis, el desarrollo, las crisis y la desaparición de cuantas civilizaciones han prosperado en el mundo". Para ello se basa el inglés en "realidades culturales muy distintas" a la Mesoamericana. No es esto lo mismo que hace el italiano?

Pero veamos brevemente cuáles son los dos esquemas, no sin antes aclarar el grado de civilización al que llegó Mesoamérica. En nuestros días se ha demostrado que se trata de una civilización que a partir del mundo olmeca, había dado el paso que la distinguió de culturas inferiores. Pero sería exagerado llevar tan lejos nuestro interés en ese mundo indígena como para colocarlo al nivel, ya no digo de las civilizaciones actuales, pero ni siquiera al nivel de las grandes civilizaciones a partir de Grecia. Por supuesto que no estoy pensando en términos de juicio de valores sino estoy tratando de establecer términos que permitan una comparación válida *inter pares*.

Boturini divide el pasado indígena en tres edades. En la primera los descendientes de Noé inventan a los dioses. Cómo los hombres vivían en

cuevas que sólo tienen una abertura o sea un solo ojo, la llama edad ciciópica, pero afirma era sobre todo teocrática, de los oráculos, ya que en ella los hombres hacían el agrado de los dioses. La humanidad era virtuosa y religiosa por efecto de los auspicios y de la idolatría. Sólo mandaban entonces jefes que fueron bien vistos por los dioses. Reinaba la parsimonia y la sobriedad entre estos filósofos naturales de una edad feliz, sencilla sin malicia o ambición. Aparentemente eran nómadas y sumamente pobres. Eran "sabios, sacerdotes y monarcas". Ilustra Boturini estas conclusiones por medio de la descripción de trece deidades mayores y menciona muchas menores.

La segunda edad es la de los héroes, que recogen a los hambrientos nómadas de la época anterior constituyendo con ellos familias en el sentido romano. Los héroes forman la casta superior. Corresponden a los planetas y aquí se coloca, un tanto cuanto distorsionada, la leyenda de la creación de los soles en Teotihuacan aunque el sitio famoso no se menciona. Boturini se ocupa del calendario y las metamorfosis que entonces ocurren. Por derecho natural, los héroes ocupan tierras para cultivarlas, sujetan naciones que se oponen a sus justos fines —como siempre "justa causa" de la guerra—. No hacían caso de deleites mundanos sino que ostentaban grandes fuerzas y valor con las armas. De aquí origina la guerra florida aún cuando se desarrolla en la edad siguiente. Eran por tanto unos semidioses, ya agricultores y sedentarios, con una sociedad formada por dos estratos sociales.

Durante la tercera edad, los hombres se sacuden del yugo de los héroes. Los antiguos siervos empiezan a humanizarse y comprenden al fin que su naturaleza no es tan inferior a la de los héroes y —lo que es más grave aún para éstos— se dan cuenta de que no es cierto el origen divino del que tanto se vanaglorian. El pueblo quiere ya conocer las leyes y entender las cosas en una lengua que no sea esotérica. Estas nuevas ideas producen la caída de la antigua aristocracia de los héroes y principia la monarquía. En oposición a su idea general, señala Boturini que las costumbres de los indígenas mexicanos en esta época no tienen conexión alguna con las de otras naciones. Se muestra también un feroz determinista geográfico pues, según él, el clima decide la constitución física de los hombres y sus costumbres.

Como acaba de decir el DR. LEON PORTILLA, es evidente que el italiano ha tomado paso a paso las ideas de su mucho más célebre compatriota y contemporáneo, Giovanni Battista Vico. Aplica a la evolución del antiguo México las tres etapas que Vico descubrió en su estudio de la Ley Romana desde las XII tablas hasta el *jus gentium*. Considera que son las etapas

del curso de la historia universal: el mundo divino, el heroico y el humano. Al aplicar Boturini el esquema de Vico está proponiendo ver la realidad cultural de Mesoamérica a través de la *Scienza Nova*; al amplificar Vico sus conclusiones derivadas del estudio del Derecho Romano a proposiciones de historia universal, llevó sus datos bastante más lejos de, lo que ellos permiten y al copiarlo Boturini no sólo cae en la misma exageración sino que resulta que la historia de Mesoamérica ocurrió según el patrón del Derecho Romano.

¿Qué es lo que hace Toynbee? A través de largos estudios comparativos, establece una secuencia universal que marca el nacimiento, desarrollo y muerte de todas las civilizaciones pasadas y encuentra que la evolución de Mesoamérica sigue esta secuencia y pasa por las mismas fases. Con todo y la innegable primacía de Boturini en colocar a Mesoamérica en un concepto Universal, es de mucho más importancia el inglés, nuestro contemporáneo. Arnold Toynbee tampoco conoce bien al México Antiguo o lo que hoy llamamos Mesoamérica y cae en innumerables errores de facto como lo he indicado en otro lado. Pero veamos muy brevemente su esquema recordando que él se interesa en el estudio de las civilizaciones y no de los periodos de baja cultura que las precedieron.

Para ello necesita definir cuál es la verdadera unidad del estudio histórico, es decir, no una nación, ni la humanidad en conjunto, sino cierto grupo humano que tuvo un origen en común y una historia paralela. Con algunas dudas ya que es posible que dos de sus sociedades sólo forman una (como la Babilónica y la Sumeria) o que una deba mejor considerarse como dos (la Ortodoxo-Bizantina y la Ortodoxo-Rusa), piensa que 21 sociedades muertas o vivas se elevaron al rango de civilización. Cuatro de ellas, según él, son americanas.

Sean las que sean en ningún caso son producidas por la raza o por el ambiente; es decir la biología y la geografía sólo son incidentales. En todos los casos, la civilización nace como consecuencia de un reto afortunadamente vencido. El reto debe ser considerable pero no de tal magnitud que resulte insuperable, pues entonces la civilización no llega a florecer y se queda en embrión, como ocurrió a los esquimales o a los polinesios.

Pero cuando ha sido vencido —y el reto proviene de distintas causas— emerge la civilización y esa sociedad humana sube el peldaño final del largo camino ascendente.

Descarta el desarrollo tecnológico o la expansión geográfica como motivos de crecimiento de una civilización. Encuentra que una civilización progresa cuando ya los retos que vence no son externos o físicos sino los que

se presenta a si misma, los que nacen de su propio seno. Así su campo de acción es ella misma por lo que el criterio de crecimiento está marcado por el progreso hacia la autodeterminación.

Piensa Toynbee que la desintegración de las civilizaciones se inicia por un período de dificultades que lleva a una aparente toma de nuevas fuerzas señalada por la creación de un estado universal. Después de éste vienen una serie de colapsos que conducen a la muerte. Las causas principales de la desintegración deben buscarse en la amenaza cada vez más real de un enemigo externo y en una división dentro del cuerpo social representada por el proletariado interno. Así, en el ejemplo clásico, el Imperio Romano es el estado universal de la Sociedad Helénica. Cae finalmente ante la acción conjunta de los bárbaros que son el proletariado externo y del cristianismo que representa al proletariado interno.

La muerte de una sociedad puede ser final o de su cadáver pueden nacer una o más civilizaciones. Así de la Sociedad Helénica surgen el Cristianismo Occidental y el cuerpo principal de la Sociedad Ortodoxa que podríamos interpretar como el mundo Bizantino.

Esta exposición, demasiado breve para ser lúcida, de dos intentos tan distintos de entender los procesos de la historia universal, indica sin embargo, cuán diferentes son y al mismo tiempo cuántos parecidos tienen. Creo que tanto Boturini como Toynbee, en formas diversas hacen lo mismo, es decir, tratan de colocar la historia de Mesoamérica en un esquema que resulta igual al esquema establecido para otras civilizaciones.

Parten de una cultura mediterránea, cuando menos occidental, dentro de la que estrujan los datos tomados de otras civilizaciones. Más importante aún, ninguno de los dos —Toynbee explícitamente y Vico por inferencia— aceptan los determinismos que tanto han preocupado a otros historiadores el geográfico, el racial, el económico o el tecnológico. Tal vez por esto último, Toynbee está lejos de ser un favorito de los arqueólogos modernos. Piensa efectivamente que la clasificación tecnológica del progreso social es sospechosa porque es un claro ejemplo de la tendencia de un estudioso a convertirse en el esclavo de los materiales de estudio que el azar ha colocado en sus manos. Es en efecto casual que los implementos materiales que el hombre prehistórico fabricó, hayan sobrevivido, mientras que sus instituciones y sus ideas han perecido, tendiendo así a que la mente del arqueólogo vea al *homo sapiens* en su papel subordinado de *homo faber*.

Felizmente la tendencia de la arqueología de hoy consiste precisamente en tratar de descubrir las ideas y las instituciones y los

modos de vida a través de los restos materiales y ya no a limitarse al establecimiento de clasificaciones tecnológicas. Tiene pues razón MIGUEL LEON PORTILLA cuando niega la validez de aplicar a América los períodos prehistóricos europeos. Tenemos que olvidar palabras tales como neolítico o paleolítico que en este Continente no tienen sentido si se las concibe como etapas necesarias de desarrollo. Tan cierto es esto que se ha llegado al absurdo de escribir que los aztecas tenían una civilización paleolítica, lo que es, por definición, una imposibilidad.

Colocar la evolución de las civilizaciones americanas en un esquema materialista copiado de la evolución del Viejo Mundo, no tiene significación. Pero si olvidamos los implementos y la producción material y vemos el pasado precivilizado de los hombres como grandes etapas en el camino a la civilización, observamos que, como sería de suponerse, hay un cierto parecido. También en América hubo una etapa de recolectores y de cazadores de grandes animales. Al desaparecer sus víctimas, los cazadores por necesidad pierden su base de sustento y triunfan los más modestos recolectores que al fin se volverán agrícolas y sedentarios. Vendrán las aldeas y luego los pueblos. Con la civilización aparecerán las ciudades, es decir, el mundo urbano que casi le es sinónimo. La agricultura, los animales domésticos, la cerámica, la cestería, aún la metalurgia, no son la civilización. Son simples prerequisites de ella y ninguno es indispensable. La civilización en México y en el Viejo Mundo representa una nueva manera de organización social, de arte, de vida común. La tribu se convierte en estado y la magia en religión. Hay una necesaria interrelación creadora no sólo dentro de una civilización sino en sus relaciones con los pueblos que la rodean. Esto es lo que la construye, mucho más que los adelantos tecnológicos.

Así como Boturini estrujó sus ningunos conocimientos sobre Mesoamérica dentro de un esquema que propuso Vico, podemos ensayar de estrujar nuestros modestos conocimientos sobre ese pasado dentro del esquema que propuso Toynbee. Y de hecho dentro de cualquier otro esquema que tenga seriedad. Pero no es este mi propósito hoy, ya que llevaría a consideraciones demasiado extensas. Recalquemos que lo importante es esa posibilidad de entender la historia de Mesoamérica como parte de la historia universal. Cualquiera que sean los defectos de los dos autores a que nos hemos referido —y podría haber incluido a otros— es evidente que buscaron esa posibilidad. Lo que es más, al lograrla, cuando menos según sus ideas, implican temas de tal importancia como el estudio de cómo y por qué civilizaciones inconexas siguen sin embargo, en lo general, un rumbo similar. En otras palabras sugieren que es la esencia

misma incambiada del hombre la que causa estos cursos paralelos en las grandes etapas de su desarrollo.

Como ya ha dicho muy bien MIGUEL LEON PORTILLA, la civilización mesoamericana es "otro único caso de pueblos" que se elevaron al nivel de alta cultura. Creo que de aquí su importancia particular para estudiar por un lado la unicidad humana y por otro las formas diferentes en que el hombre, afectado por factores diversos, ha organizado su cultura al trazar, independientes del Viejo Mundo, el largo camino que asciende a la civilización.